

- *Adviento (2011). Primera predicación del Padre Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, en este Adviento 2011. ¿Por qué el cristianismo se extendió tan rápidamente? Los primeros cristianos tenían una certeza indestructible sobre la bondad y la victoria final del cristianismo.*

Fuente: www.primeroscristianos.com



Los primeros cristianos tenían una certeza indestructible sobre la bondad y la victoria final del cristianismo

ROMA, domingo 4 diciembre 2011 (ZENIT.org).

Ofrecemos a continuación la primera predicación del padre Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, en este Adviento 2011, realizada este viernes 2 de diciembre en el Vaticano.

Raniero Cantalamessa OFM cap

En respuesta al llamamiento del sumo pontífice a un compromiso renovado de evangelización y como preparación al Sínodo de los Obispos de 2012 sobre el mismo argumento, me propongo especificar, en estas meditaciones de Adviento, cuatro olas de evangelización en la historia de la Iglesia, es decir cuatro momentos en los que se asiste a una aceleración o a un retomar el compromiso misionero. Estas son:

1.- La expansión del cristianismo en los tres primeros siglos de vida, hasta la vigilia del edicto de [Constantino](#) que tiene como protagonistas a los profetas itinerantes, en primer lugar, y después a los obispos;

2.- Los siglos VI al IX en los que asistimos a la **reevangelización de Europa** después de las invasiones bárbaras, obra sobre todo de los monjes;

3.- El siglo XVI, con el descubrimiento y **la conversión al cristianismo de los pueblos del "nuevo mundo"**, obra sobre todo de los frailes:

4.- **La época actual** que ve a la Iglesia comprometida con una reevangelización del Occidente secularizado, con la **participación determinante de los laicos.**

En cada uno de estos momentos intentaré iluminar lo que podemos aprender en la Iglesia de hoy: qué errores hay que evitar y qué ejemplos hay que imitar y qué aportación específica pueden dar a la evangelización los pastores, monjes, los religiosos de vida activa y los laicos.

❖ 1. La difusión del cristianismo en los tres primeros siglos

Comenzamos hoy con una reflexión sobre la evangelización cristiana en los tres primeros siglos. Un motivo hace de este periodo un **modelo para todos los tiempos**. Es el periodo en el que el cristianismo hace camino por su propia fuerza. No hay "ningún brazo secular" que lo apoye; las conversiones no se determinan por ventajas externas, materiales o culturales; ser cristianos no es una costumbre o una moda, sino una elección contra corriente, a menudo a riesgo de la propia vida. En ciertos aspectos **es la misma situación que se ha vuelto a dar en muchas partes del mundo**.

La fe cristiana nace con una **apertura universal**. Jesús había dicho a sus apóstoles que vayan a "todo el mundo" (Mc 16,15), que "hagandiscípulos a todas las gentes" (Mt 28,19), que sean testigos "hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8), que "prediquen a todos los pueblos la conversión y el perdón de los pecados" (Lc 24,47).

La actuación de principio de esta universalidad se da ya en la **generación apostólica**, no sin dificultades o heridas. El día de **Pentecostés** se supera la primera barrera, la de la raza (los tres mil convertidos pertenecían a pueblos distintos, pero eran todos creyentes judíos); en casa de Cornelio y en el llamado Concilio de Jerusalén, sobre todo por impulso de **Pablo**, se supera la barrera más difícil de todas, la religiosa que dividía a los judíos de los gentiles. El evangelio tiene ante sí **al mundo entero**, aunque momentáneamente este mundo es limitado, en el conocimiento de los hombres, a la cuenca mediterránea y a los confines del Imperio Romano.



Más complejo es seguir la expansión de hecho o geográfica del cristianismo en los primeros tres siglos que, sin embargo, es menos necesario para nuestro objetivo. El estudio más completo y, hasta ahora no superado, a este respecto es el de Adolph Harnack, Misión y expansión del cristianismo en los tres primeros siglos.

Una **fuerte intensificación de la actividad misionera de la Iglesia** tuvo lugar bajo el mando del emperador Cómodo (180-192) y después, en la segunda mitad del **siglo III**, es decir hasta la víspera de la gran **persecución de Diocleciano** (302). Este, aparte de las esporádicas persecuciones locales, fue un periodo de paz relativa que permitió a la Iglesia naciente el poder consolidarse en su interior, desarrollando una actividad misionera de una forma nueva.

Veamos en qué consiste esta novedad. En los primeros dos siglos **la propagación de la fe se confiaba a la iniciativa personal**. Se trataba de profetas itinerantes, de los que habla la Didaché, que se trasladaban de sitio a sitio; muchas conversiones se debían al contacto personal, favorecido por el trabajo común ejercitado, de los viajes y de las relaciones comerciales, del servicio militar y de otras circunstancias de la vida.

Orígenes nos da una descripción conmovedora del celo de estos primeros misioneros:

“Los cristianos hacen todos los esfuerzos posibles para difundir la fe sobre la tierra, para este fin algunos de ellos se proponen formalmente como deber de sus vidas, **peregrinar de ciudad en ciudad**, también de pueblo en pueblo para ganar nuevos fieles al Señor. No se dirá que lo hacen para beneficiarse, porque a menudo rechazan hasta los más necesarios para vivir”.

Ahora, en la segunda mitad del siglo III, estas **iniciativas personales** se coordinan cada vez más y en parte se sustituyen por las comunidades locales. El obispo, también reaccionando a los impulsos disgregatorios de la herejía gnóstica, adquiere la supremacía sobre los maestros, como director de la vida interna de la comunidad y centro propulsor de su actividad misionera. **La comunidad es el sujeto evangelizador**, hasta tal punto que un estudioso como Harnack afirma: “Debemos dar por cierto que la sola existencia y trabajo constante de las comunidades individuales fue el principal coeficiente en la propagación del cristianismo”.

Hacia el final del siglo III, **la fe cristiana penetró prácticamente en cada estrato de la sociedad**, tiene su literatura en lengua griega y una, aunque en sus comienzos, en lengua latina; posee una sólida organización interna; comienza a construir edificios cada vez más grandes, signo del crecimiento del número de creyentes. La gran persecución de Diocleciano, aparte de las numerosas víctimas, no hizo más que mostrar la fuerza inexpugnable de la fe cristiana. El último enfrentamiento entre el imperio y el cristianismo fue la prueba de esto.

Constantino no hace más que constatar la nueva relación de fuerzas. No fue él quien impuso el cristianismo al pueblo, sino el pueblo quien le impuso a él el cristianismo. Afirmaciones como la de Dan Brown en la novela El Código Da Vinci, y de otros escritores, según las cuales fue [Constantino](#) el que, por motivos personales, transformó con su edicto de tolerancia y con el [Concilio de Nicea](#), a una oscura secta religiosa judía en la religión del imperio, se funda en una total ignorancia de lo que precedió a estos sucesos.

❖ 2. Las razones del éxito

Un tema que ha apasionado siempre a los historiadores es el de las razones del **triunfo del cristianismo**. ¡Un mensaje nacido en un oscuro y despreciado rincón del imperio, entre personas sencillas, sin cultura y sin poder, en menos de tres siglos se extiende por todo el mundo conocido, subyugando a la refinadísima cultura de los griegos y la potencia imperial de Roma!

Entre las distintas razones del éxito, alguno insiste en el **amor cristiano** y en el **ejercicio activo de la caridad**, hasta hacer de esta "el factor individual más potente del éxito de la fe cristiana", hasta el punto que indujo, más tarde, al **emperador Juliano el Apóstata** a dotar al paganismo de



análogas obras caritativas para hacer frente a este éxito.

Harnack, por su parte, da gran importancia a lo que él llama la naturaleza "sincretista" de la fe cristiana, es decir la capacidad de conciliar en sí misma tendencias opuestas y distintos valores presentes en las religiones y en la cultura de la época. El cristianismo

se presenta a la vez como **la religión del Espíritu y de la potencia**, es decir acompañada de signos sobrenaturales, carismas y milagros, **y como la religión de la razón y del Logos integral**, "la verdadera filosofía", como decía Justino Mártir. Los autores cristianos son "los racionalistas de lo sobrenatural", afirma Harnack citando el dicho de **san Pablo** sobre la fe "como obsequio racional" (Rom 12,1).

De tal modo el cristianismo reúne en sí mismo, en equilibrio perfecto, lo que **el filósofo Nietzsche define como el elemento apolíneo y el elemento dionisiaco de la religión griega**, el Logos y el Pneuma, el orden y el entusiasmo, la medida y el exceso. Es lo que, al menos en parte, entendían los Padres de la Iglesia con el tema de la "sobria ebriedad del Espíritu".

"La religión cristiana --escribe Harnack al final de su monumental investigación--, desde el principio se presentó con una universalidad que le permitió abocar en sí toda la vida entera, con todas sus funciones, sus alturas y sus profundidades, sentimientos, pensamientos y acciones. Este fue el espíritu de universalidad que le aseguró la victoria. Fue esto lo que le condujo a profesar que el **Jesús que anunciaba era el Logos divino...** Así se ilumina con una nueva luz y aparece casi como una necesidad incluso la potente atracción con la que llega a absorber y a subordinar en sí el helenismo. Todo lo que era capaz de vida entró como elemento en su construcción... ¿Y esta religión no debía vencer?"

La impresión que se tiene al leer esta síntesis es que **el éxito del cristianismo** se debió a un conjunto de factores. Algunos han ido más allá en la búsqueda de las razones de tal éxito hasta concretar veinte causas a favor de la fe y otras tantas que actuaban en sentido contrario, como si el éxito final dependiera de que prevaleciesen las primeras sobre las segundas.

Ahora quisiera iluminar el límite inherente a tal enfoque histórico, incluso cuando se hace por historiadores creyentes como los que ahora he tenido en cuenta. El límite, debido al mismo método histórico, es el de dar más

importancia al sujeto que al objeto de la misión, más a los evangelizadores y a las condiciones en las que esta se desarrolla, que a su contenido.

El motivo que me empuja a hacerlo es que este también es el límite y el peligro inherente a tantos enfoques actuales y mediáticos, cuando se habla de una **nueva evangelización**. Se olvida una cosa sencillísima: que Jesús había dado él mismo, como anticipo, una explicación de la difusión de su Evangelio y de ella hay que volver a partir cada vez que se asume un nuevo compromiso misionero.

Volvamos a escuchar dos breves parábolas evangélicas, la de la semilla que crece incluso de noche y la de la semilla de mostaza.

“Decía: El Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce primero un tallo, luego una espiga, y al fin grano abundante en la espiga. Cuando el fruto está a punto, él aplica en seguida la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha”(Mc 4, 26-29).

Esta parábola, por sí misma dice que la razón esencial del éxito de la misión cristiana no viene desde el exterior sino del interior, no es obra del sembrador y ni siquiera principalmente del terreno sino de la semilla. La semilla no puede lanzarse a sí misma, y sin embargo, germina por su propia fuerza. Después de haber sembrado la semilla, el sembrador se puede ir a dormir porque la vida de la semilla no depende más de él. Cuando esta semilla es **“la semilla que cae en tierra y muere”, es decir Jesucristo**, nada podrá impedir que esta “dé mucho fruto”. Se pueden dar, de estos frutos, todas las explicaciones que se quieran, pero estas se quedan siempre en la superficie no llegarán nunca a lo esencial.

Quien percibió con lucidez la prioridad del objeto del anuncio sobre el sujeto es el apóstol Pablo: “Yo planté y Apolo regó, pero el que ha hecho crecer es Dios”. Estas palabras parecen un comentario a la parábola de Jesús. No se trata de tres operaciones de la misma importancia, de hecho el apóstol añade: “Ni el que planta ni el que riega valen algo, sino Dios, que hace crecer” (1 Cor 3, 6-7). La misma distancia cualitativa entre el sujeto y el objeto del anuncio está presente en otro texto del Apóstol: “Pero nosotros **llevamos ese tesoro en recipientes de barro**, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios” (2 Cor 4,7). Todo esto se traduce en las exclamaciones: “No nos predicamos a nosotros mismos, isino a Cristo Jesús Señor!” y de nuevo **“Nosotros predicamos a Cristo crucificado”**.

Jesús pronunció una segunda parábola, basada en la imagen de la semilla, que explica el **éxito de la misión cristiana** y que hoy se tiene que tener en cuenta, frente a la gran tarea de **reevangelizar el mundo secularizado**.



“También decía: '¿Con qué podríamos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo? Se parece a un grano de mostaza. Cuando se siembra, es la más pequeña de todas las semillas de la tierra, pero, una vez sembrada, crece y llega a ser la más grande de todas las verduras, y extiende tanto sus ramas que los pájaros del cielo se cobijan a su sombra'" (Mc 4,30-32).

La enseñanza que Cristo nos da con esta parábola es que su Evangelio y su misma persona es lo más pequeño que existe en la tierra porque no hay nada más pequeño y débil que una vida que termina en una **muerte de cruz**. Sin embargo, esta pequeña “semilla de mostaza” está destinada a convertirse en un árbol inmenso, que es capaz de acoger en sus ramas a todos los pájaros que se refugian en él. Esto significa que toda la creación, absolutamente toda, irá a buscar allí refugio.

¡Qué diferencia respecto a las reconstrucciones históricas mencionadas antes! Allí parecía todo incierto, aleatorio, suspendido entre el éxito y el fracaso; ¡aquí todo estaba decidido y asegurado desde el principio! Como conclusión del episodio de la unción de **Betania**, Jesús pronunció estas palabras: “Os aseguro que allí donde se proclame esta **Buena Noticia**, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo” (Mt 26,13). La misma tranquila conciencia de que un día **su mensaje se difundiría “al mundo entero”**. Y no se trata ciertamente de una profecía post eventum, porque en ese momento todo parecía presagiar lo contrario.

También en esta ocasión quien captó “**el misterio escondido**” fue **Pablo**. Me llama la atención, siempre, un hecho. El Apóstol predicó en el Aerópago de Atenas y vió el rechazo del mensaje, educadamente expresado con la promesa de escucharlo en otra ocasión. Desde Corinto adonde fue justo después, escribió la Carta a los Romanos en la que afirmaba haber recibido el deber de **llevar a “la obediencia de la fe a todas las gentes”** (Rom 1, 5-6).

El fracaso no desanimó su confianza en el mensaje: “Yo no me avergüenzo del Evangelio, porque es el poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos en primer lugar, y después de los que no lo son” (Rom 1,16).

“Cada árbol, dice Jesús, se reconoce por su fruto” (Lc 6,44). Esto vale para todos los árboles, excepto para el que nació de Él, el cristianismo (de hecho él habla aquí de los hombres); este único árbol no se conoce por los frutos, **sino por la raíz**. En el cristianismo **la plenitud no está al final**, como en la dialéctica hegeliana del devenir (“verdadero es lo entero”), **sino que está al principio; ningún fruto, ni siquiera los más grandes santos, añaden algo a la perfección del modelo**. En este sentido tiene razón quien afirma que “**el cristianismo no es perfectible**”.

❖ 3. Sembrar e ... irse a dormir

Lo que los historiadores de los orígenes cristianos no cuentan o dan poca importancia es la **certeza indestructible** que los cristianos de entonces, al menos los mejores de ellos, tenían sobre la **bondad y la victoria final** de su causa. “Podéis matarnos pero no podéis herirnos”, decía el mártir Justino al juez romano que lo condenaba a muerte. Al final, fue esta tranquila certeza

que les aseguró la victoria y convenció a las autoridades políticas de la inutilidad de sus esfuerzos por suprimir la fe cristiana.



Esto es lo que más necesitamos hoy: **despertar en los cristianos**, al menos en los que pretenden dedicarse a la obra de la **reevangelización**, la certeza íntima de la verdad de lo que anuncian. "La Iglesia, dijo una vez Pablo VI, necesita retomar el ansia, el gusto y la certeza de su verdad". Debemos creer, nosotros los primeros, en lo que anunciamos; pero creerlo verdaderamente, "con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente". Debemos poder decir con Pablo: "Pero teniendo ese mismo espíritu de fe, del que dice la Escritura: Creí, y por eso hablé, también nosotros creemos, y por lo tanto, hablamos" (2 Cor 4,13).

La tarea práctica que las dos parábolas de **Jesús nos asignan es la de sembrar**. Sembrar con generosidad "a tiempo y a destiempo" (2 Tim 4,2). El sembrador de la parábola que sale a sembrar no se preocupa por el hecho de que parte de la semilla termine en el camino o entre las espigas, y pensar que el sembrador, aparte de la metáfora, es el mismo Jesús! El motivo es que en este caso **no se puede saber qué terreno será el adecuado**, o cuál será duro como el asfalto y asfixiante como un arbusto. Está en medio la libertad humana que el hombre no puede prever y que Dios no puede violar. Cuántas veces entre las personas que han escuchado una cierta predicación o que han leído un cierto libro, se descubre que quien lo ha tomado más en serio o ha cambiado su vida era la persona de quien menos se esperaba, uno que, quizás, estaba allí por casualidad o en contra de su voluntad. Yo mismo podría contar decenas de casos.

Sembrar y idespues.... irse a dormir! Es decir sembrar y no quedarse allí todo el tiempo a mirar, a ver dónde surge, cuántos centímetros crece al día. El arraigo y el crecimiento no es asunto nuestro, sino de Dios y del que escucha. Un gran humorista inglés del s. XIX, Jerome Klapka Jerome, dice que el mejor modo de retrasar la ebullición del agua en un puchero es mirarlo todo el tiempo y esperar con impaciencia.

Hacer lo contrario es fuente inevitable de inquietud y de impaciencia: todas las cosas que a Jesús no le gustan y que Él no hacía nunca cuando estaba en la tierra. En el evangelio Él no parece tener nunca prisa. "No esté por tanto preocupados por el mañana; el mañana se preocupa de sí mismo. **A cada día le basta su afán**" (Mt 6,34).



A este respecto, el poeta creyente Charles Péguy pone en boca de Dios palabras que también nos hará bien meditar a nosotros: "Se me dice que hay hombres/que trabajan bien y duermen mal,/que no duermen. Qué falta de fe en mí./Es casi más grave/que no trabajasen pero que durmiesen, porque la pereza/No es un pecado más grave que el ansia.../No hablo, dice Dios, de aquellos hombres/Que no trabajan y que no duermen./Estos son unos pecadores, por supuesto.../Hablo de los que trabajan y no duermen/Los compadezco. No tienen confianza en mí.../Gobiernan muy bien sus asuntos durante el día./Pero no quieren confiarme el gobierno durante la noche.../**Quien no duerme es infiel a la Esperanza...**".

Las reflexiones desarrolladas en esta meditación nos empujan, como conclusión, a poner en la base del compromiso por una nueva evangelización un gran acto de fe y de esperanza que se sacuda todo sentido de impotencia y de resignación. **Tenemos ante nosotros, es verdad, un mundo cerrado en su secularismo, embriagado por los éxitos de la técnica y por las posibilidades ofrecidas por la ciencia, que rechaza el anuncio evangélico.** Pero ¿era quizás menos seguro de sí mismo y menos refractario al Evangelio el mundo en el que vivían los primeros cristianos, los griegos con su sabiduría y el imperio romano con su potencia?

Si hay una cosa que podemos hacer, después de haber "sembrado" es la de **"regar" con la oración** la semilla sembrada. Por esto terminamos con la oración que la liturgia nos hace recitar en la misa "por la evangelización de los pueblos":

"Oh Dios, tú que quieres que todos los hombres se salven,/y lleguen al conocimiento de la verdad;/mira qué grande es la mies y manda a tus obreros,/para que se anuncie el Evangelio a todas las criaturas/y tu pueblo reunido por la palabra de vida/y formado por la fuerza de los sacramentos,/progrese en el camino de la salvación y del amor".

Por Cristo, nuestro Señor. Amén